

# Cosas *inútiles* que sobreviven a mudanzas

Marina Bravo Clavero

Habré pasado cinco años en este lado de la frontera cuando me vaya. Todavía quedan unos meses, pero ya he comprado el billete —solo vuelta— y pronto empezarán los preparativos: la dimisión, el nuevo currículum en español, el cambio de divisas, las cancelaciones y las cajas.

Una no es consciente de todo lo que tiene hasta que se acerca una mudanza. Parece mentira la cantidad de cosas que se puede llegar a acumular en una habitación alquilada de un piso compartido, por muy pequeña que sea, por muy pocos muebles en los cuales guardarlas o sobre los cuales apoyarlas.

Las mudanzas, como los cuadernos, son una especie de espejo en el que puede llegar a resultar incómodo mirarse. Caja a caja deconstruimos nuestra vida, buscamos por la casa todo lo que somos fuera del cuerpo. Lo seleccionamos, lo clasificamos, lo envolvemos en papel burbuja y lo colocamos adentro con delicadeza. Me da dolor de cabeza solo de pensar en escoger qué merece y qué no vale la pena llevar conmigo de vuelta. ¿Cómo se supone que tomaré esas decisiones?

\*\*\*

He visto un capítulo del programa de Marie Kondo y me he hecho a la idea de que gran parte de mi ropa y zapatos se quedará en este país. Lo que más me preocupa son los libros, los vinilos y todas las cosas *inútiles* que soy incapaz de tirar a la basura, como las grullas de papel de Elsa que cuelgan del techo.

\*\*\*

Ya ha pasado una semana desde mi cumpleaños. Guardo las postales de felicitación dentro de mi clasificador, donde hay papeles de toda clase. Entre otros recuerdos, me encuentro un mapa de París y otro de Praga, un menú del pub donde sirven el mejor *Sunday Roast* de la ciudad, el dibujo del elefante que Judith se tatuó en la espalda y la nota donde se lee *t'estimem molt* que mamá coló dentro de la maleta antes de mi primer vuelo de solo ida. Todo eso volverá. Con las postales aún no sé qué criterio de selección seguir. De momento, las guardo todas.

\*\*\*

Busco una vela nueva en una caja bajo la cama. Junto al paquete de velas de té con aroma a vainilla, encuentro la figurita de un barco en miniatura que mi abuelo hizo con la cáscara de una nuez. También una bolsa con conchas y piedras. Las recogimos en Galicia cuando Santiago me mostró su tierra. Quiero llevármelas, aunque dudo. Supongo que lo haré. De todas formas, tampoco sabría qué hacer con ellas si decidiera dejarlas atrás... ¿Arrojarlas al Mersey, tal vez?

\*\*\*

El café está recién hecho. Abro el armario en busca de una taza. Hay un montón, casi no caben. Están amontonadas unas encima de las otras. Todas son diferentes y la mayoría no sé de dónde salieron. Tres son mías. Una es blanca y tiene impreso el logo de *Kaspas*, la heladería en la que empecé a trabajar nada más llegar. Me la llevé a escondidas. Otra es azul y dice: «*Be a mermaid & make waves*». Esa me la regaló Ness, una chica irlandesa con el pelo de colores. Ella ya es una sirena. La última tiene una colección de dibujos inconexos algo horteros y citas sobre educación. Fue un regalo de final de curso, cuando ya trabajaba en la escuela. No es demasiado bonita, pero es mi favorita porque debajo de los dibujos pone *Miss Bravo*. En esta última me sirvo el café. Pienso en que quiero llevármelas todas. No me gustaría que alguien bebiera de ellas sin conocer sus historias ni quién las trajo, mucho menos que piensen que aquí solo estorban.

\*\*\*

De los cuadernos, los poemas y las fotos no me puedo deshacer. Ni me lo planteo. Son una extensión de mí. Si acaso, un *mí* que ya no soy, pero al que espero poder volver cuando esté en Barcelona. Los marcos se quedan.

